

Pregón de las Fiestas de la Virgen de Fátima

Año 2004

Jesús Guerra Montes de Oca

Presentación del Pregonero.

Jesús Guerra nace en Tamaraceite. Con poco más de año y medio llega a Gáldar desde La Aldea a reunirse con su padre y su hermano mayor, que llevaban seis meses “hospedados” en una alpendre en El Bardo, entre Becerril y la carretera de La Atalaya.

Va a la escuela de Placidito, en la Sociedad Vieja, donde aprende los primeros palotes y letras junto a muchos niños del barrio. Después realiza los estudios primarios en La Escuela Pública (La Graduada), saltando cursos (de la Tercera a la Quinta, un tiempo en la Sexta, la Séptima y la Octava con D. Nicolás González). No pasó por la última, con don Manuel Sosa ya que D. Nicolás González le arregló los papeles para ir al Instituto. Por esa época ya tenía un reparto de pan de madrugada por las tiendas de La Montaña y Rojas, que hacía antes de ir a la escuela.

Estudió primer curso de Bachillerato en el Instituto de Guía. Abandonaría los estudios por culpa del “trabajo” en la panadería familiar. Se puso en evidencia que el pupitre de un aula no era el mejor lugar para vencer el sueño y el cansancio que provocaba el duro trabajo por la noche amasando el pan y de las madrugadas haciendo el reparto.

Esta tragedia en lo personal fue superada con varios intentos de proseguir estudios en Radio Ecce, que no prosperaron mucho, salvo el aumento de conocimientos y elevación de mayor nivel cultural. Así se fue curtiendo la idea de un rebelde que tenía que sobreponerse a la adversidad. Se va forjando la rebelión de un autodidacta y la autoformación permanente con continuas lecturas de libros de todo tipo que caían en sus manos para ganar el tiempo libre que le quedaba después de las tareas laborales. A partir de entonces, el tiempo para el juego con los amigos de la infancia estarían marcados por las obligaciones laborales y asumiendo las responsabilidades de hombre siendo todavía un niño.

Ya en la adolescencia y juventud el campo de acción se amplía y acompaña a su hermano mayor en el reparto de pan por los barrios de Nido Cuervo, Barrial, Sardina y Anzo; y también con un reparto de dulces y bollería varios días a la semana por Agaete,

Guía, La Atalaya, San Juan, Montaña Alta, Valleseco, Firgas, Teror, San Mateo y Arucas. Cuando obtiene el carnet de conducir (19 años), asume parte de estos repartos el solo. Durante todo este tiempo no estudia, pero aprende mucho de las experiencias que vive en la universidad de la calle, el mundo del trabajo y de los libros que devora con fruición. Muchos de ellos sacados en préstamo de la Biblioteca Municipal que estaba donde hoy el Juzgado, en la Plaza del Cristo.

Años después, se prepara en el Colegio Antonio Padrón para sacar el Graduado Escolar e intentó de nuevo, estudiar el Bachillerato en el Instituto de Gáldar, pero las tareas laborales llevan al traste este nuevo intento. Empieza una nueva etapa y participa en distintos colectivos culturales y políticos. Grupo de Teatro Ajódar para quien escribe alguna que otra obra, algunos textos y el primer Pregón del Auto Sacramental de los Reyes Magos.

Un hecho importante en la historia del Barrio y del municipio galdense no pasaría desapercibido para un joven rebelde: las movilizaciones de La Montaña contra el Ayuntamiento por la urbanización de las calles y las injustas Contribuciones Especiales que se cobraron a los vecinos de nuestro barrio. El barrio fue convocado en manifestación multitudinaria contra el Ayuntamiento, cuando aún se vivían los últimos años de la dictadura militar de Franco, siendo alcalde José Estévez, en un ejemplo claro de resistencia popular y reivindicación ciudadana.

Creó un grupillo juvenil (Juventudes de Izquierdas Unificadas) y se implica en los movimientos políticos y sindicales que estaban surgiendo en el municipio. Se incorpora al movimiento vecinal como Secretario en la Asociación de Vecinos de Sardina. Apoyó a Asamblea Galdense en las primeras elecciones democráticas después de la Dictadura, en el año 1979. Fue el primer Presidente de la Coordinadora de Asociaciones de Vecinos de Gáldar, compuesta por las 17 Asociaciones que había en el municipio en aquellos años. Fue directivo de la Sociedad de La Montaña con un equipo humano compuesto por personas mayores y jóvenes. Una Directiva que transformó y modernizó la vida cultural del barrio en aquel entonces, introduciendo fórmulas de participación no sólo para los socios, sino para las esposas de los socios, para sus hijos y también para el resto de los vecinos de La Montaña. Comandados por Nicolás Tacoronte, estaban también, Panchito María, Isidro Pérez – Isidro el Gordo-, Pepito Suárez, Faustino González el del Molino y, sobre todo y especialmente, Juanito Macías, hombre honesto con gran capacidad de lucha y conciencia ideológica incombustible del que aprendería mucho. Por la parte joven del grupo, estaban Pepe Angel González -hijo de Faustino-, Pepe Angel el de Yiyo, Antonio Quesada Páez – el Secretario de hierro-, Miguel Ángel Guerra y el pregonero. El cambio de imagen en La Sociedad fue espectacular. Se ampliaron no sin esfuerzos las instalaciones, se organizaron muchísimas actividades culturales y de ocio, bailes, exposiciones y proyecciones de cine para los menores del barrio. De esta forma se recuperó el dinamismo por la que históricamente era reconocida la Sociedad de La Montaña, llegando a participar conjuntamente con la Asociación de Vecinos en los actos de las fiestas del barrio.

Formó parte del grupo político-cultural TAMARCO que organizaría exposiciones, actos culturales, políticos, semanas de Cine en el Cine Unión de Gáldar. Se vinculó con otros miembros del grupo TAMARCO a la resistencia de los

trabajadores de la Aparcería y con los obreros de Mister Leackood que se encerraban en el Ayuntamiento para reivindicar el pago de sus salarios y soluciones al futuro de la empresa. Participó, trabajó y ayudó a formar La Unidad Popular de Gáldar (UPG) que ganó las elecciones municipales del año 1982 con D. Nicolás Guerra como candidato a la Alcaldía. Fue miembro del Comité Anti-OTAN que se formó en Gáldar para pedir el NO a la OTAN en el Referéndum que organizó el PSOE de Felipe González.

Tanto ajetreo en lo político y en actividades culturales –aparte del compromiso con los deberes del trabajo en la actividad familiar- no impide que también dedique tiempo a lo que más le atraía: la lectura. Producto de ese entrenamiento intelectual se atreve a escribir varios libros. Entre otras, publica textos en el periódico, hace presentaciones de las Semanas de Cine, de exposiciones de amigos pintores galdenses, obras de teatro, relatos de personajes populares galdenses, cuentos infantiles y una novela. Casi todo este material permanece inédito y sin publicar.

Se casa en 1988 y se establece en Sardina, donde vive desde entonces. En 1990 empieza a trabajar en el Hospital del Pino, como auxiliar administrativo. Luego recorrió diariamente la distancia entre Sardina y Agüimes durante los seis años que trabajó en el Centro de Salud del pueblo del sureste, pasando luego a trabajar en Las Palmas en el barrio de la Feria y desde junio de este año tiene plaza en propiedad como funcionario público en calidad de auxiliar administrativo del Servicio Canario de la Salud en el Hospital de Gran Canaria Doctor Negrín.

En el año 1991, un acontecimiento de capital importancia en lo personal: vería la luz en el horizonte al final del túnel. Un anuncio en una tienda para el curso de Acceso a la Universidad para Mayores de 25 años, que se iba a impartir en el Centro de Adultos de La Montaña. Sin dudar se inscribe y se prepara para el examen en mayo de 1992. Aprueba el acceso y se matricula en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Combina el trabajo en Agüimes con los estudios de Geografía e Historia en la Facultad de Humanidades. Termina la doble Licenciatura en 1998, especializándose en Geografía. Obtiene el Certificado de Adaptación Pedagógica en la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2002, en la Facultad de Biología de la ULPGC culmina los estudios de Doctorado en Medio Ambiente. Le queda pendiente, si el tiempo, el dinero y las obligaciones lo permiten, la realización del trabajo de investigación obligatorio para conseguir la Tesis Doctoral.

María Dolores Gil



Jesús Guerra Montes de Oca

Vecinos y amigos de La Montaña, autoridades municipales, buenas noches a todos y gracias por la presencia en este acto.

En primer lugar quiero agradecer a la Comisión de Fiestas de La Montaña, que se hayan fijado en mí para pronunciar el Pregón de las Fiestas de la Virgen de Fátima de este año 2004. Gesto que quiero agradecer desde la humildad y el sentimiento, porque me ha permitido en las últimas semanas, reencontrarme con el escenario de mi niñez y juventud, al recordar imágenes y personajes importantes para la vida de nuestro barrio. También quiero saludar a todas las personas del barrio que se encuentren en los hospitales de la isla y a los que estén impedidos en sus casas. Para todos, recuerdos y mis deseos para que se recuperen de sus problemas de salud.

No he querido poner imágenes retrospectivas de aquella época tan dura y difícil para no desviar la atención de la propuesta que quiero formular en el transcurso de este pregón. Quiero que las imágenes afloren desde lo más profundo de nuestra memoria, en un ejercicio intelectual que rescate del olvido a tantas y tantas personas que han luchado para sobrevivir haciendo frente a las duras condiciones impuestas por el tiempo y por la época que nos tocó vivir a muchos de los vecinos de La Montaña. Época de carencias

muchas, dureza extrema y de acontecimientos cotidianos que han ido conformado el modo de ser de la gente de nuestro barrio.

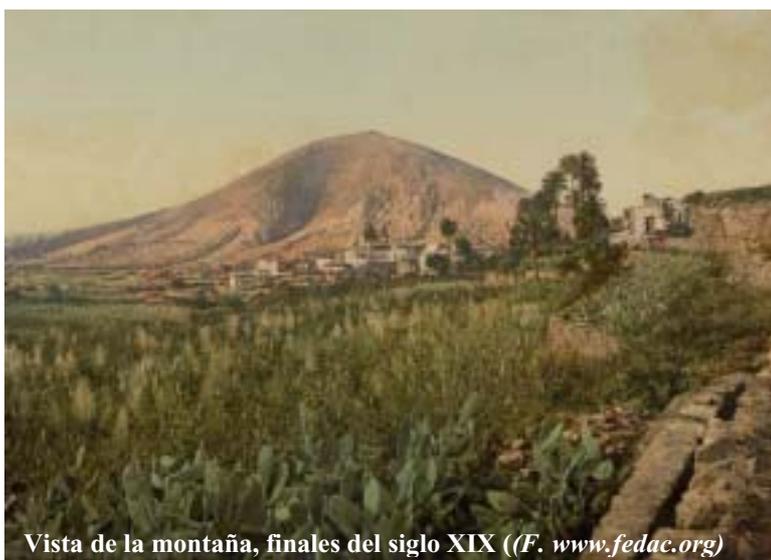
Por tanto, la propuesta que hago es una crónica en blanco y negro desde un barrio históricamente marginado por las instancias municipales, a pesar de lo conseguido y que pudiera hacernos pensar lo contrario. Carencias básicas en lo cultural y también en lo social.

Permítanme dar un salto atrás en el tiempo, para proclamar que el pueblo de Gáldar es deudor del elemento natural que da nombre a nuestro barrio: La Montaña de Gáldar. Hace unos dos millones de años, sonó el rugido del volcán; de las entrañas de la tierra surge impetuosa la fuerza de la naturaleza; del magma ardiente fue emergiendo orgullosa y altiva nuestra montaña, que alumbró materiales incandescentes de su interior para engrandecer el espacio insular con enormes coladas de lavas y basaltos que ganaron terrenos al mar y bordearon el Macizo de Amagro, hasta entonces separado de la Isla. La Plataforma Lávica Costera del Noroeste de Gran Canaria es consecuencia de las erupciones del volcán que nos cobija y por eso quiero reivindicar esta aportación de La Montaña al espacio geográfico donde, desde los tiempos más remotos, se ha desarrollado la experiencia vital de los seres humanos que han habitado en nuestro suelo. Desde aquí, desde este espacio patrio galdense, ejercieron su dominio Guanartemes, Guayres y Guayarminas sobre el resto de la isla de Tamarán en los tiempos de Gumidafe y Andamana. Por eso no exagero al decir que La Montaña aportó el solar donde se asienta el pueblo de Gáldar.

Otro hecho que quiero destacar es la semejanza por su forma –aunque tiene muchas caras- con las pirámides egipcias. Mucho se ha escrito de la posible relación de las civilizaciones y cultura egipcia con la aborígen canaria, al menos en cuanto a las técnicas de embalsamamiento que ambas practicaban y de las que eran grandes conocedoras. Pero esta coincidencia, desde mi humilde punto de vista, aunque pudiera ser considerado un atrevimiento, viene dada porque nuestra pirámide natural, no sirvió como morada eterna para las clases dirigentes en su relación con el mundo de la muerte, sino que ha servido para engendrar nueva vida en sus entrañas. Para servir de cobijo a sus hijos y a muchas familias humildes conformando un hábitat troglodita de especial importancia para los moradores de La Montaña, hoy apenas perceptible a causa de las construcciones más modernas. Este peculiar hábitat en cuevas merece un estudio que reivindique su valor e importancia etnográfica y patrimonial. Aún así, a pesar del transcurrir inevitable de los tiempos y la explotación y uso de sus materiales, La Montaña de Gáldar, es el ejemplo de edificio volcánico mejor conservado y espectacular que existe en la isla de Gran Canaria. Su cima, merece un comentario aparte. De este particular hábitat en cuevas deviene, con posterioridad, el sobrenombre de las cábilas, con el que éramos conocidos los habitantes del barrio. Nombre que procede del lenguaje bereber del norte de África, con el que se designa a los habitantes de los arrabales y del extrarradio que vivían en cuevas de las lomas próximas al poblado principal.

Pero si La Montaña puso el solar donde se localizaron los asentamientos humanos a lo largo de la historia, también aportó los materiales para la construcción de las viviendas y de los edificios más emblemáticos de nuestro municipio, con la Iglesia

de Santiago como edificio de fábrica de mayor relevancia, el Ayuntamiento Viejo, el Teatro y las principales calles del casco. También la mayor parte de las viviendas edificadas antes de los años setenta, fueron fabricadas con los cantos procedentes de las pedreras de La Montaña y Cañada Honda. Asimismo, las grandes y fuertes sillerías de las plataneras de La Vega de Guía y Gáldar, Barranco de Anzo, San Isidro, Llanos del Agujero, Caleta Abajo y del Sobradillo, del Barranco de Gáldar, Barrial, Grimón y Tirma, y tantas y tantas otras, fueron construidas con materiales procedentes de las pedreras de nuestro barrio. Los cantos fueron el complemento indispensable para el gran desarrollo que tuvo la actividad agrícola posteriormente. Cierre de las fincas y material de referencia para construir los alpendres y gallanías, los cuartos de máquinas y las acequias, cuartos del agua y de muchos albercones y maretas. Del trabajo duro, agotador, tremendo en esfuerzo para sacarlos de la toba volcánica de nuestras pedreras, hablaré más adelante. Aquí solo quiero adelantar, que me parece injusto el tratamiento que la historia ha dado a la ingente labor del trabajo realizado por tantos hombres de nuestro barrio. Han sido silenciados por los que escriben la historia desde la perspectiva del elogio a los próceres, patronos, clérigos y militares, pero arrinconan la memoria de los trabajadores y los sepultan bajo los escombros en el monturrio del olvido. Como hijo del barrio, este pregonero se niega a aceptar este desprecio cuando se distorsiona la realidad histórica vivida por los trabajadores de las pedreras.



Hoy quisiera hacer un canto a los cantos y pedir a nuestras autoridades que hagan lo posible por recuperar los muchos cantos que hoy no tienen utilidad en apariencia. Cada canto tiene un valor etnográfico añadido y una plusvalía histórica y calidad estética, que todo galdense debería estar orgulloso de la cantería de nuestro

pueblo. Insto a las autoridades a que alquilen un solar, un espacio o una pedrera, para que los cantos que vayan dejando de tener utilidad en las fincas, sean depositados y recuperados. De esta forma el Ayuntamiento podría disponer de suficiente cantería de Gáldar para hacer una plaza, un jardín o revestir cualquier edificio emblemático que se pueda construir en el futuro. Quizá sea excesiva la propuesta de iniciar un expediente para la declaración de Bien de Interés Cultural. Pero reto a las concejalías competentes para que sean valientes y den un salto hacia delante y que se declaren los cantos como Bien de Interés Municipal. Al mismo tiempo que las troneras, acequias, estanques, maretas y albercones y también las pedreras. Es una forma de compensar la deuda histórica que tenemos los galdenses con la piedra extraída de las entrañas de La Montaña.

También nuestro barrio aportó legiones de brazos de hombres y mujeres que trabajaron en las fincas de plataneras, ellos en la construcción de las sillerías como maestros pedreros y en el propio cultivo. Ellas, en los almacenes de empaquetados de plátano, y también en los tomateros en régimen de aparcería así como en los almacenes de las principales empresas de exportación agrícola en el municipio. La mano de obra, la fuerza de trabajo de adultos y jóvenes siempre fue numerosa en nuestro barrio. Es lo único que tienen los desposeídos. De la explotación de esa fuerza de trabajo muchos empresarios se enriquecieron en la comarca.

Para entender cómo se desarrollaba la vida en nuestro barrio es necesario el conveniente encuadre geográfico. El barrio estaba separado del pueblo por una especie de fortaleza, del que a mi entender, éste se protegía. El Callejón de Carmelita la del Mantecado era la más angosta vía de comunicación con la Cuarta y el Drago para llegar al pueblo. Otra vía principal, por necesidad, era la bajada del Cabuco para los que iban a trabajar a los llanos de las Canteras y el Agujero. La más al norte, la más lejana, era la bajada de Cañada Honda para los que iban a los Llanos de Caleta y Matas Blancas. Los camiones entraban por la subida de Domingo Pérez, salida natural para los vecinos de Rojas y, a media cuesta de la Sociedad, los camiones doblaban para Cañada Honda o por la Subida de Ciprianito para aquellos que iban a las Cuevas Herrera y a las Pedreras de la parte alta; por la cuesta los coches patinaban frente al bar de Boro Bolaños. Los días de lluvia era obligada la subida por los depósitos, como única vía para llegar a casa. La otra vía para camiones era la que hoy sigue siendo vía principal de acceso a Cañada Honda. Reclamo un cambio de denominación de esta calle por Avenida de las Pedreras, que es lo que se ve a un lado y a otro de la misma. De niños, casi todos los de mi edad nos colgábamos de los camiones en marcha cuando salían de las pedreras, con el consiguiente enfado del chofer. Peligro no era, porque teníamos experiencia y geito suficiente para salir ilesos después de echarnos un birre. Si acaso, alguna amonestación verbal de los mayores a los que les teníamos un gran respeto.

En este marco geográfico y en ese respeto se desarrollaron acontecimientos, tragedias, sufrimientos, necesidades y también alegrías.

No quiero extenderme mucho en explicar con detalles la multitud de recuerdos, porque sería interminable el discurso, pero permítanme hablarles de mi entorno familiar. Mi padre era hijo de emigrantes a Cuba y llegó a Canarias siendo niño. Su amor por la Perla del Caribe le acompañó siempre. Y cuando se establece en La Montaña era conocido también como Jesús el Cubano. Mi madre (q.e.p.d.) era de Tenoya. Nosotros nacimos en Tamaraceite donde mi padre trabajaba de panadero. Por circunstancias de la vida, se marchan a La Aldea y después de estar “hospedado” en un alpendre en el Bardo con mi hermano el mayor, recalamos en La Montaña el resto de la familia para reunirnos con ellos. Quisiera pasar rápidamente por la aportación que mi padre hiciera a la vida del barrio. Fue un hombre de una gran capacidad de sacrificio e ingenio puesta al servicio de sus ideas de libertad en su trabajo, quiso ser dueño de su propio destino como persona y sin ningún patrón que lo mandara. Hombre divertido, extraordinario intérprete de punto cubano y la décima guajira que cantaba como nadie, así como controversista y repentista de la música cubana. Tanto amaba a Cuba que nunca dejó de considerarse guajiro y matancero. Murió con el desconsuelo y la amargura de no poder regresar a su querida Perla caribeña.

Sus comienzos fueron muy duros y tuvo muchas dificultades para poder iniciar su particular singladura. Con un saco de azúcar que le prestó Pepita Palomares empezó su aventura. Juanito Medina que tenía una panadería en la Calle de la Sociedad, le dejaba guisar su producción.

Después encontró un hombre bueno y persona entrañable para mi familia, que le echó una mano. Este hombre se llamaba Francisco Castillo Benítez, Panchito el Cañón que le dio un trozo de solar al lado de su casa, para que hiciera la bóveda del horno y la panadería.



Vista de los últimos años del siglo XIX
(F. Gáldar a través de la fotografía)

Había intereses creados para que no pusiera en marcha la actividad de la panadería. Llegaron a echarle los guardias para impedir que vendiera el pan. Pero mi padre tenía un aliado de primera magnitud. Un sobrino que trabajaba en el Cabildo y que le arreglaba todos los

papeles que requerían el entonces Sindicato de Cereales y la Jefatura de Industria. Llegó a retar a la guardia a que si tenían... , le requisaran las cestas de pan. Los que le recuerdan, se quedaron con su imagen de hombre que salía de cuello y corbata, con el pelo hacia atrás y bigote recortado, pero sobre todo, por el habano que siempre llevaba en la mano.

Aunque fue conocido por la fabricación de pan y dulces. También hizo caramelos y pirulines que envolvíamos con papel de celofán y después los vendía por las casas. Ideó un artilugio para quitarles el filo a los caramelos que, endurecidos después del fuego y ya fríos, cortaban como hojas de afeitar. Sus conocimientos en repostería parecían no tener límites. También sabía hacer granizadas, helados, jabón, lejía, poseía la fórmula para fabricar pastas de macarrones y fideos. Un vecino del barrio me recordó hace unas semanas, que él se acuerda de ver a mi padre fabricando chorizos y guisando morcillas. Siempre había un verraco cerca de casa para hacer la matazón a finales de año. Creó una marca registrada de galletas y galletones – La Golondrina- que compitió en calidad con una empresa de gran renombre en la isla, Tamarán, y que se vendían en las tiendas de muchos pueblos. Se anunció en el Cine Guayres. Era muy aficionado al cine y trabó contactos para tener su propio anuncio en los descansos de las películas. Llegó a exportar bollos y galletas a África, y a La Palma (siendo su representante un vecino de La Montaña, el hermano de Tolines. Regentó el primer carrillo de helados y golosinas en la Plaza de Gáldar, el primer horno que pasó de funcionar con leña a gasoil fue el nuestro. Su invento, totalmente artesanal, fue llevado a la práctica por otro vecino de La Montaña, Pepe el de Corina. A partir de ahí, todos,

excepto Ciprianito Moreno y Virginita, fueron cambiando al gasoil. La leña como combustible y el hacha como instrumento para trocearla dejaron de ser una tortura en nuestra casa. También fue el primero en hacerse con un moderno horno de pisos que fue traído desde Alemania.

Ninguno de sus hijos sacamos ni la décima parte de la vocación emprendedora que tuvo mi padre. De su forma de pensar y de su actitud ante la vida, queda como recuerdo el epitafio que hay en su tumba en el cementerio de San Isidro. Siendo niño, con diez años, le escuché dar el siguiente consejo a mi hermano Eduardo, cuando éste empezó a trabajar en las oficinas de la ONCE:

- Vas a trabajar en un lugar donde se maneja dinero. Si alguna vez tienes que marcharte de ese trabajo, que no sea porque has cogido dinero que no es tuyo.

Hoy, casi cuarenta años más tarde, mi hermano es médico rehabilitador de ciegos y sigue trabajando en la ONCE. Recomendando fervientemente, a todos los padres y madres, que den a sus hijos consejos tan nobles y honestos como los que mi padre nos dio a nosotros.

Mi madre, era una mujer de gran belleza, de ojos azules y elegante figura y persona seria y de vergüenza. Fue el apoyo de muchas personas y mujeres del barrio. Le gustaba la cultura y de pequeño la acompañaba a ver las representaciones teatrales que se hacían en el solar donde hoy está el Ambulatorio de Especialidades. Puedo decir, que mi pasión por la cultura, es una de las muchas enseñanzas que debo a mi madre (q.e.p.d.). De su generosidad habla el hecho siguiente: tanto ella como mi padre, eran hospitalarios y persona que llegaba a casa, bien a mirar los contadores del agua o la luz; traer la bombona de gas o la caja de agua de Fargas, siempre eran obsequiados con lo que había de comer y un pisquito de ron. Mi madre no era especialmente religiosa, pero recuerdo cuando hacíamos la casa, que los últimos viajes de grava y cemento que se compraban, siempre eran destinados a la construcción de la Iglesia de La Montaña. También hizo aportaciones en metálico para la compra de las puertas de la iglesia. A los dos, por ser como fueron, el destino les tendrá reservado un lugar entre los buenos.

Llegando a este punto, no sería honesto por parte de este pregonero ni haría justicia, si no mencionara a tantas y tantas personas que compartieron con mi familia la aventura que, en algunos momentos, llegó a tener una dimensión industrial y fabril en la panadería de mi casa. Muchos jóvenes tuvieron su primer salario revendiendo a comisión panes y dulces o trabajando de noche en la panadería. Recuerdos de gente entrañable como Antonio Moreno el de Simoncito, Bartolito Saavedra, aquel hombre pequeño de estatura, pero grande por su extraordinaria humanidad; Manolo Alemán el de Elenita, Josenito Tacoronte, que también trabajó en las pedreras, los hijos de Isidrito Montesdeoca (Juan Isidro y Juan Rafael), Pablito el del macho, Andrés Bolaños el de Salvadorito el Lancha –hermano de Boro el del bar- que luego se casó con una prima nuestra. Sus hermanos Pepe y Antonio –muerto en desgraciado accidente-, Paquillo Bolaños el de Antoñilla y Juanito “el santo”; Chano el Santo, desde joven con gran capacidad para el negocio. Miguelito el Lancha, vecino nuestro. Juan Antonio Alemán el de Lala Tacoronte. Mujeres como Angelita, la hermana de Librada; También la hija de Andresito el de la tienda que había aquí cerca. Muchachas de Rojas. Pollillos como

Blas el de Antoñito Mireles y Anita Páez, Nicolás el de Concha Flores, Mario el nieto de Revólver y Rito el nieto de Juanita Padrón. José Manuel el nieto de Maestro Julio, que todavía trabaja con Agustín el de Virginia. Miguel Angel Guerra, de Becerril o Antonio Montesdeoca, nieto de Pancho Rita, etc. Y también de grato recuerdo el reparto de dulces que tenían en Las Canteras, con las cajas a la cabeza Corina Montesdeoca y Chona Santana. En fin, muchos vecinos del barrio que iniciaron sus primeras experiencias laborales con nosotros y otras que se ganaban unas perrillas para ayudar a mejorar la economía de sus familias. A todas y a todos ellos y a sus familias, mi agradecimiento infinito por el trabajo que hicieron y las experiencias compartidas.

De aquel gran hombre bueno que fue Panchito el Cañón y de su tercera esposa Pinito Vera, guardo entrañables recuerdos. Pancho me contaba historias de cuando estuvo en la guerra de Cuba – a veces cantaba junto a mi padre y su mujer se enroñaba porque se echaban unos pisquillos de ron y el viejo lloraba como un niño recordando a sus primeras esposas-. Me contaba que un día, trabajando en la fábrica de tubos en Bocabarranco, construyó una balsa con rolos de plataneras, la puso en la arena, se montó en ella y se acostó a dormir. Al despertar la corriente se lo había llevado hasta la Punta de Gáldar. Para mí fue el abuelo tierno que no tuve, mis abuelos murieron antes de nacer yo. Fui su cómplice y a su llamada o su silbido, corría presto donde estaba para coger el dinero para comprarle una caja de cigarros Flor de Fuentes en la tienda de Prudencito. Pinito no le dejaba fumar pero el no hacía caso. Aun recuerdo su voz reclamándome.- Puchuchooo, Puchuchillooo. El premio era la estampa que venía dentro de la caja de cigarros. Con emotiva nostalgia viene a mi memoria su figura de hombre fortachón con sombrero negro y camisa a rayas, ayudándose con un bastón al regresar a casa después de conversar con los viejillos bajo la Mimosa y el soco de piedras que había frente a la casa de Romerito. Su muerte fue para mí una tragedia, se marchó para siempre el hombre bueno y generoso que siempre nos apoyó.



Vista de los últimos años del siglo XX
(F. Gáldar a través de la fotografía)

La parte central de este pregón es un canto al mundo del trabajo y a la mujer. Al hombre de la mar y a las vendedoras del pescado, al campesino y a la aparcería. A la mujer vendiendo leche y rábanos o coles. Al duro trabajo en la pedrera y las herrerías para tener el material a

punto. Al molino de gofio. A las mujeres que perdieron a sus esposos y sacaron adelante con sufrimiento a sus hijos. A la mujer detrás de un mostrador en la tienda, al transporte en burro y en mulas de materiales y mercancías. A la mujer lavando en la acequia. El trabajo para coger el agua en el pilar. A los chóferes y a los maquinistas de los pozos, a las mujeres maltratadas por el destino y a los personajes entrañables y divertidos. A la partera que iba de casa en casa. A los deportistas, jugadores de fútbol y luchadores. Al

mundo de la música. A las santiguadoras y también a las tragedias. A los perseguidos políticos y a la resistencia popular...

En forma de cuento, he ido recogiendo imágenes que narran desde mi visión personal, acontecimientos vividos en el barrio. A través de un personaje que visita La Montaña y va anotando en una libreta todo lo que observa de interés. Por razones de tiempo, sólo contaré algunos párrafos. Este texto, es una aportación personal que hago a nuestro barrio. Está abierto y cualquiera podrá disponer de él, para entre todos, escribir la historia de La Montaña.

Incursión por el Territorio Cábila

“El caminante, con traje y chaqueta canela y sombrero del mismo color, con una banda negra en el antebrazo, porque tenía luto, reparó en aquellas mujeres que lavaban la ropa en la acequia de La Cuarta, miró hacia la ventana y vio a la mujer de Antoñito Cabrera. Se adentró por el estrecho callejón y saludó con respeto al marido, mientras éste abría la cantina. Más arriba, dos muchachos muy altos esperaban a Félix el del Mantecado, para llenar las garrafas de helado. Uno de ellos limpiaba el cornetín con el que anunciaba su llegada a la chiquillería. Una mujer joven, María Ramos, lloraba triste la muerte de su esposo y la pena la embargaba mientras acurrucaba en su falda a sus dos niños pequeños.

En el callejón que va al pilar de los Cuatro Chorros, vio más mujeres lavando en la acequia. Empezó a darse cuenta que en aquel barrio no había agua en las casas. Un rótulo en la calle le hizo comprender cual era el sino de aquella gente: El Calvario. A media calle, sentado en la acera un hombre tocaba el laúd y otro entraba en su casa con un manojo de hierba guinea. Le seguía un macho al que guiaba con un cabresto. Era nuestro entrañable Juanito Bolaños el del macho. Unos chiquillos jugaban a la pelota en la polvorienta calle, mientras otros dos luchaban con los calzones remangados en una esquina.

Volvió sobre sus pasos y se adentró por el callejón, acertó a ver por el camino del Cabuco a Cayetano Gordillo y a Isidro Montesdeoca que iban a la Máquina de las Canteras. En la Casa de Petrita Díaz nadie pudo dormir aquella noche, porque la escandalera de los cacharros para el agua y el guineo de la gente desde las cinco de la mañana, los tenían locos de la cabeza. Ni siquiera Vicente Mendoza tenía ánimo para ensayar con el saxofón. Miró calle arriba y observó a Tito Suárez compitiendo con las muchachas de su edad, en geito, maña y estilo acarrear el agua con el cacharro sobre la cabeza. Lo mismo hacía José el Canano. Jacinto, su hermano, llevaba los ganchos y Pepe Cabrera, el de Lolita Guedes, haciendo piruetas y diabluras con los ganchos y balanceando los cacharros, hasta llegar a su casa. Las mujeres subían la empinada cuesta, destrozada por el último invierno, de forma cansina soportando sobre sus cabezas el peso de una talla o un cacharro de manteca habilitado como recipiente para llevar el agua a sus viviendas. Así todas las madrugadas que venía el agua al pilar.

Buscar el agua en el pilar, durante semanas, meses, años fue un sufrimiento cotidiano para muchos vecinos del barrio.

Saludó a Pancho Rita y a Magdalenita. Chachaga se peleaba con Lizardo; ninguno de los dos quería echarle de comer a la burra de José, que había ido a Las Palmas a arreglar el carnet de identidad. Se encontró con Maestro Julio y le dijo: - Adiós. Y éste montando en cólera le contestó. ¡Ni me lo nombre!. En la esquina se oía a Maestro Pedro, el de Santiaguito serruchando un listón de madera, en la ventana cerrada colgaba una pequeña cruz y una flor: Maestro Pedro se enterró la semana pasada, según le dijo la mujer de Chanito González que traía una lechera desde Los Llanos. El hombre se persignó y siguió su camino, vio entrar en su casa a Isidoro Montesteoca frente a la tienda de Ezequiel Molina y saludó a Antoñito Diepa y a su mujer sentados en la acera. Le llegaron gritos de chiquillos desde la Sociedad Vieja, se acercó a mirar y vio a Placidito dando las primeras lecciones a un grupo de niños, a los más galletones, les puso deberes y estaban entretenidos. Fue a la tienda de Aguedita, y compró una libretilla chica y un lápiz. Ya en la calle, unos niños con un trompo y con hilo carreto intentaron echarlo; otros jugaban en la acera a las estampas y un par de ellos, a los boliches. El caminante volvió a la escuela, y saludó a Juana María en su tienda. Los hermanos Millero y Juanito González con su hermano Tino, que era portero, estaban entrenando para jugar el domingo contra el Tirma. Miguelito preparaba las tapas para la cantina de la sociedad y Borito Delgado limpiaba la sala de billar y ordenaba los periódicos. Nuestro hombre se sentía observado desde que se adentró en el barrio. Una pareja de la Guardia Civil parecía seguirle y de cuando en cuando, una figura extraña se escondía a su paso.



La Montaña primeros años del siglo XX (F. Gáldar a través de la fotografía)

En la esquina de Maestro Pancho el zapatero estaba Rafaelito, esperando, con su cartera de cuero, la salida de los chiquillos de la escuela para que éstos repartieran las cartas a sus familiares o vecinos. Creyó reconocer a nuestro personaje, pero al darse cuenta de su error, la cerró de nuevo. Adelaidita con su figura estilizada, con un delantal de lunares y el pañuelo anudado al cuello, pasaba con una lechera y unos manojos de colines. Sentado en la puerta de su casa, Florencito Delgado enrollándose las puntas

del bigote, su mujer Pinito Tadeo, realizaba en el patio de su casa un extraño exorcismo. El hombre observó con detenimiento la mágica escena: la paciente con un paño enrollado en la frente y un vaso de agua sobre la cabeza. De pronto, el agua empezaba a burbujear, y Pinito entre rezos y llantos, sudaba que daba miedo. El caminante no salía de su asombro al ver a la paciente salir de la casa como si nada: ¡le habían sacado el sol de la cabeza!, Pensó en Antonio Padrón y entendió su obra: “Las santiguadoras”. Apuntó algo en la libreta y siguió su camino, saludando a Manuela y a Juanito González que iba a reunirse con los Milleros. Anita González despachaba y su marido ayudaba a Isidro Mireles a cargar el burro con mercancía para su tienda de arriba. Antoñito Tacoronte en la esquina entraba comida para las vacas. Antoñita Orihuela estaba en la tienda y su hijo Joaquín inflaba balones de ombligo y repasaba las costuras con un trozo de sebo. Remigio llegaba con los burros cargados de comida para los animales. Juanito el de Lucía con sus hijos en la puerta de casa y Salvadorito Peña, un hombre de rasgos negroides y alto, hizo un alto en el arreglo de las guelderías y liaba cigarros con una máquina encima de un banquillo pequeño sobre sus rodillas. Le ofreció unos cuantos al hombre del terno canelo y éste le dio las gracias.

De las pedreras retumbaba un griterío enorme y riqui racas, Juanito Delgado, con su mano enfundada en un guante negro, se destocó el sombrero con la otra y le dijo: - son los chiquillos que le ganaron a los de la Plaza. En la casa, Lorenza Delgado cantaba una malagueña y Natividad en la calle, hacía de las suyas. Juanito le indicó el camino para Cañada Honda. La pareja de guardias estaba en la esquina. Buscaban al Chaleco por unos robos cometidos en la fábrica de piensos en El Clavo. Su mujer, Carmelita, indignada les decía: ¡ bandidos, sinvergüenzas, mi marido está en la cárcel!, Busquen a los ladrones -. La versión oficial, de nuevo eligió la línea de investigación equivocada y al hombre equivocado. Se dio carpetazo al asunto. Un hombre pasó montado en su burra seguido de un perro fiel como compañía. El caminante se fijó en él y pensó: - ¿Que tragedia estará rondando la mente de Chanito Monzón?. El polvo que levantó un camión cargado de cantos, les obligó a darse la vuelta. El camino en medio de pedreras y albercones, lo llevó a allá atrás. Saludó a Antoñito Montesdeoca el Marcador, siempre alegre y divertido. El padre de Genoveva, Dominguito Pérez, esperando en la puerta de su casa entre dos pedreras a que fueran llegando sus hijos de los tomateros. Cristobilla todavía un chiquillo, jugaba en la calle. Se tropezó con Ramiro Pérez, y estuvo conversando un rato con él sobre el trabajo en las profundidades de la pedrera, la dureza de la faena, la resistencia y la fortaleza física necesaria para sacar a golpe de pico, cuñas, mandarrias y pesadas barras de hierro, los cantos y sillares para construir muros y casas. Apuntó en su libreta una nota y alcanzó a ver a un arriero con tres bestias por la cuesta parriba. Una con picón, otra con cal y la tercera, cargada de tomates. – Un vecino va a echar un atesado en su casa, otro a pintar la cueva. Los tomates en época de sorroballo los quiero para mis animales. Teodorito Monzón le hizo una seña al hombre y alongó el cuerpo. Este se acercó y al oído, le susurró henchido de orgullo: - Algún día un nietillo mío será concejal en el Ayuntamiento. El hombre lo anotó en la libretilla y siguió su camino. Las mujeres cansadas con los cacharros del agua a la cabeza, otras regresaban de los tomateros o del almacén con sus batas azules. Algunas mujeres piadosas iban a misa de a cinco enfundadas en sus trajes negros y mantillas. Ruidos metálicos sonaban en el ambiente, se acercó a una pedrera y los vio allá abajo, casi hormigas martillando sobre las cuñas, formando grupos para jalar de las barras dando pujíos, otros con destreza y maestría refileaban los cantos con la escoda y

otros cargaban el camión cuyo motor rugía esperando para salir de la pedrera. Estaban Isidro Pérez y sus hijos y Juanillo el Rubio con sus hermanos. También acertó a ver a Estebita Martín. Maestro Bernardino y sus hijos tenían un ajuste y trabajaban sin levantar la cabeza. También estaban Maestro Juan el Gotero y su hermano Pedro Sosa trabajando a destajo. El caminante observó que un chiquillo por la parte de arriba de la pedrera a gran altura, reptaba por el suelo hasta asomar la cabeza para ver a los hombres trabajando allá abajo y que el viento no lo tirara. Apuntó en su libreta y unas mujeres llorando y corriendo como posesas, entre gritos y sollozos, requirieron su atención. – ¡Se los llevó la mar, se los llevó la mar, qué desgracia!. La tragedia ha estado presente en la vida del barrio y dos pescadores desaparecieron durante la faena. Se encontraron la chalana a la deriva. Carmela la de Enrique y Virginita lloraron desconsoladas la desaparición de sus maridos, de los que nunca más se supo.

Camino de vuelta, después de saludar a los hijos de Cipriano y a todos los vecinos de Cañada Honda, nuestro personaje se tropezó con Tito Beltrán que venía de llenar el porrón. Muy atento, le ofreció un buche al hombre y éste le quedó agradecido porque tenía la boca seca de la emoción. Unas mujeres regresaban cansadas de la acequia para tender la ropa en los monturrios, con la bañadera sobre la cabeza y el balde bajo el brazo. Lucía la Partera las adelantó corriendo porque se presentó un parto sobre la marcha en Cañada Honda.



La Montaña desde la Vega,
(F. Gáldar a través de la fotografía)

Llegando al callejón del Chaleco volvió a ver a los guardias, y el espectáculo que presenció era indignante: un grupo de mujeres eran deportadas a nuestro barrio. Entre llantos y gritos y a empujones con la máxima brutalidad, fueron desalojadas del Barranquillo a punta de fusil, por orden municipal y confinadas cerca del callejón del pilar de los Cuatro Chorros un grupo y otras hacia Los Rolizos. (permítanme que intervenga

en el relato, para expresar mi repugnancia hacia los chulos miserables y proxenetas sin escrúpulos que se enriquecen condenando a las mujeres a la prostitución. Expreso mi reconocimiento público a todas aquellas mujeres ultrajadas por leyes injustas y por los comportamientos intolerables hacia ellas. Hoy, los descendientes de aquellas mujeres, son personas de bien en nuestro barrio y respetadas por todos. Vaya para ellas mi respeto y solidaridad). El hombre apuntó también este hecho en su libreta y siguió su camino. Los chiquillos jugaban a los indios en los monturrios, algunos se echaban por la riscaera con un casparro, otros mataban ranas en los albercones a la pedrada limpia y una jurria de ellos, echaban las cometas al aire. Se acordó también del pintor Antonio Padrón. Una humareda llamó la atención al caminante. De nuevo la tragedia se instalaba

en el barrio. Chanito Monzón se había quemado en su chamizo, en la más horrible de las muertes que puede tener un ser humano: abrasado por el fuego. Fue el fin de una leyenda, que sobreecogió a todos por su terrible desenlace.

Un grupo de pescadores se dirigía a Caleta Arriba, distinguió a los hijos de Juan Daniel y a los hermanos Peña y a Juanito Macías con el balde para los pulpos y un mechón apagado a modo de fusil. También iba un viejillo que le llamó la atención porque llevaba un vidrio para mirar el fondo del mar. También los hijos de Lorenza integraban el grupo. El viejillo, que tenía los ojillos pícaros y sonrisa malaideosa, le pidió fuego y le dijo: - Mire, mi mujer no quiere que mire por el vidrio porque se me quedan los ojos vidriados. Lo que se le quedó vidriado fue el apodo ya de por vida a él, y a todos sus descendientes. Antoñito Betancor llevaba una caña al hombro y otro mechón. Le extrañó ver con ellos a Isidro el Puíta con una caña también, y le preguntó - ¿ Ud. No trabajaba en la pedrera ¿? - Si, le dijo, - pero me gusta echar unos lances de vez en cuando. Ya oscureciendo, se veían los resplandores de los mechones encendidos llegando a Caleta. Con ellos le mandó recuerdos a Pepe Carlos y a su tropa.

De vuelta a La Montaña, el barrio empezó a recibir a los trabajadores que salieron de madrugada a los cultivos. Josenito Jiménez, montado en su acémila volvía cansado a su casa. Miguelito Hernández ya había llegado a la suya con su burro y su sobrino Pancho Hernández ya iba subiendo por la calle Clavel. Miguel Hernández llegó a la punta arriba cargado con un manojo de hierba y un poco detrás, Juan Suárez con una lechera y un saco al hombro. Un poco más rezagado subía Juan Galván con un puño de hojas de plataneras para sus cabrillas.

De la casa de Inesita Medina, salía una mujer con un niño en brazos y otra entregaba a la mujer una mantita de una niña. Inesita era santiguadora y curaba el mal de ojos a los niños. Por la calle parriba llegaban Rafael Santana y Miguel Rodríguez con el mosquetón cruzado a la espalda y Josenito Molina lo hacía por la otra calle.

En la esquina de la calle de Isolina, un grupo jugaba a los cartones. Jacinta cantaba la bola y con voz chillona, gritó: -¡ la Guardia Civil -, el hombre de la chaqueta canela se volvió, e intentó ver las capas y tricornios en algún lado, pero la voz de Jacinta volvió a sonar: ¡el 55¡. Prudencio el de Antonia Peña, cantó: -¡basta!, y se ganó la mano. En aquel tiempo la palabra ¡bingo! estaba prohibida. Unos hombres levantaban un escenario. Los Totis actuaban aquella noche en un espectáculo de variedades al que acudían muchos vecinos del barrio. Se tropezó con un chiquillo que llevaba dos pollos de cernícalos en una caja agujereada. Pedro Martín el de Estebita los cuidó hasta que estuvieron sanos. Después los echó a volar. Desde chico le gustaba andar con bichos de todas clases.

El hombre compró un pan a Herminia que llegaba con la cesta en la cabeza y unas sardinas saladas en la tienda de Mariquita Diepa, y decidió no marcharse del barrio hasta el día siguiente. Se recostó en unos cantos de una esquina y allí pasó la noche. Sintió rebullizo y comprendió que seguía vigilado por el extraño acompañante. El rumor de una radio llamó su atención. Toda la familia reunida para escuchar las aventuras de Pedro y Matilde, Perico y Periquín o las ocurrencias de “El Lobo”; el resplandor

atenuándose de un quinqué, indicaba que la gente se iba a dormir después de oír el parte. Allí mismo, el también se quedó dormido.

Un ruido de cacharros y voces le despertó al alba. Un gallo cantaba en la madrugada contestando a otro de abajo, de Las Canteras. En la calle Mimosa, hombres con linternas y algunos con un farol, esperaban la orden de abrir el Pilar para llevar a casa los primeros viajes de agua con los ganchos antes de ir al trabajo; las mujeres seguirían después toda la mañana. —Yo estaba primero, mi niña. ¡Oh, mira que fresca!. La tertulia matutina y las discusiones, se confundían. Grupos de mujeres con el cesto bajo el brazo iban a los tomateros y la algarabía era total en las madrugadas por las calles de La Montaña. Trajes, camisas de mangas largas, delantal y sombrero de paja para atajar el solajero. Venían de Becerril y de Rojas y se iban llamando unas a otras incrementando los bulliciosos grupos para ir a los cultivos. Las que iban a los almacenes de empaquetado, eran fácilmente reconocibles por sus batas azules.



Plácido Suárez con su escuela de pago en La Montaña.

El barrio se despoblaba a los claros del día, los chiquillos iban a la escuela de Placidito. Los más grandillos ya iban a la escuela pública, abajo en el pueblo. Las ancianas rociaban con agua la entrada de su casa antes de barrer la calle, mientras hacían la comida. Nuestro

hombre, anotó en su libreta alguna cosa y comprobó que al llegar el verano todas las casas se albeaban, al menos las que tenían frontis, porque otras sólo tenían un cierre de cantos, un patio con flores y detrás la cueva.

Alguien que iba a los Rolizos, entró en la tienda de Prudencio y le preguntó con amabilidad a Ramoncita: - ¿señora, aquí despachan copas?. La mujer le indicó un reservado en el mostrador y le sirvió un ron que el hombre bebió de un trago. Pidió otra copa y la mujer le picó un tomate en cuatro cachos y le puso sal. Frente al pilar, se encendieron las primeras brasas de la fragua y sonaron los martillazos en el yunque de Pepe Guzmán y de Santiago el Herrero preparando las herramientas para las pedreras. De la panadería del Dulcero, olores de pan recién salido del horno humanizaban un poco el ambiente. Por el monturrio de abajo, Nicolás el de Concha Flores, tostaba el millo mientras cantaba una folía.

En la esquina coincidió con Isidro Mireles enroñado con el burro. La sabiduría del animal que se resistía a subir la cuesta, se confundía con la parte bruta de los hombres. Al final Isidro tenía que subir la cuesta para llevar la mercancía a su tienda. No les digo lo que decía.

Enfilando el camino de los Rolizos, saludó a Periquito Mireles que jalaba de la cachimba sentado en su puerta, también a Juan Molina el Brígido; su hijo Cristóbal ya pensaba en poner una tienda con su mujer, Antonia la de Virginia. Agustín el yerno de Juanita Padrón también le saludó y se marchaba corriendo a trabajar en los Llanos. Dominguito Luján estaba en la puerta de su casa y vio también a Cuco y a Venancio Guerra metiendo la herramienta en un balde. Las casas de Pedrito Armas y la de Marianita eran las últimas. El padre de Chanillo el Rubio y el pobre Tito Orihuela, era un extraordinario experto en construir cometas. Más allá, era otro mundo. El hombre hizo una nota en la libreta. El máximo peligro, con profundas pedreras a una banda y otra y los chiquillos jugando en las cercanías sin miedo alguno. Nunca nadie se riscó en ellas. Los mayores hacían de ángeles de la guarda. – ¡Niño, por el peligro no se echa!. Y los niños obedecíamos. Cualquier persona mayor tenía el deber y el derecho a corregir a los más pequeños. En las calles los hijos de Modesta jugaban con los nietos de Juanito Navarro, los de Josenito Mireles con los nietos de Rafael. En la puerta de Josenito habían tres personas esperando a que le arreglaran los huesos -en un tiempo se dedicó a componer huesos y se hizo medio estelero-. Mientras le ponía a un paciente un trapo empapado con vinagre enrollado en la canilla, el hombre se fumó un mecánico. Por los alrededores, alegría. Isidriño Navarro ya cantaba que daba miedo y era un buen tocador en la rondalla. Igual que su hermano Paco. Eran de la cantera de Maestro Ignacio. Boro Montesdeoca cantaba en una orquesta y lucía una espectacular vestimenta en los bailes que amenizaba. No todo iba a ser desgracias en el barrio y la música, el canto y el baile, se manifestaba cuando cuadraba la ocasión. Unos chiquillos le gritaban a un hombre: - Joseú, y éste enrabiado les amenazaba con cogerlos. Una mujer les decía: - ¡los niños no son malcriados!.

A media mañana, las mujeres pregonando el pescado fresquito y vivito de Caleta. El barrio recobraba alegría y con la bañadera a la cabeza recorrían el barrio vendiendo el resultado de la dura y peligrosa faena de los hombres de la mar. Chana la de Antoñito, Pino la de Valentín, Secundina, Candelaria, Carmela la de Domingo, las hijas de Concha, Milagrosa, también las Capitanas, Antonia Peña y su hermana, entre muchas otras. También vendían por el pueblo y por otros barrios. Al final lavaban en alguna tronera la bañadera, los paños de las rodilleras, los platos de la pesa de mano y el saco de guano con el que tapaban el pescado, antes del cansino regreso a casa.. Nuestro visitante, sacó la libretilla para apuntar algún detalle.

En la calle de arriba se adentró cerca de la pedrera y vio a Luis Mederos y a su hermano de Rojas; también estaban Manolo Tacoronte y Eduardo Bolaños y sus hermanos Chano y Perico. Hombres fuertes, hercúleos y de gran resistencia para el duro trabajo que les esperaba allá abajo, sudorosos resistiendo el fuerte solajero, en el fondo de la pedrera. Carmelita tendía ropa en el monturrio y Boro Monzón, medio templado y cantando, se cogía la calle de un lado a otro. Félix el chico, le dio agua fresca del porrón al hombre. Este, después de beber, se miró los zapatos y las piernas que se confundían con el polvoriento suelo de las calles. Un chiquillo llegó gritando: - ¡Se acabó el sufrimiento! ¡Ya no habrá que trabajar mas nunca en la pedrera!. Todos miraron hacia El Agujero, y así era. Mister Leackood, ponía en marcha la primera fábrica de bloques en la comarca. A partir de ahí, la construcción en Las Palmas o el Sur, y la emigración a África como salida de muchos trabajadores del barrio. Gracias al trabajo en el Aaiun,

Smara y Bucráa, mucha gente construyó sus casas y algunos, obtuvieron cierta fortuna. Sacó nuestro personaje la libreta y anotó unas cosas. Gracias a un mural de Diego Higuera en la Oficina de Empleo, queda el único testimonio plástico del duro esfuerzo de los trabajadores en la pedrera y del uso de varias de sus pesadas herramientas de trabajo. Después, siguió su camino por el barrio.

Vio a Antoñito Mireles llegando a casa con una lechera y a Enriqueito Cáceres llenando un saco de rafia con bolsitas de hierbas en su terraza para venderlas en Las Palmas, éste, llamó a nuestro hombre y le ofreció una taza de agua guisada que le sentó muy bien en el estómago. Juan Flores y sus hijos todos en la esquina viéndolo y Juanito Sosa, con sus gafas de aumento y una chaqueta medio azul completaban la escena. Cristobita Santana bajaba desde las Cuevas Herrera dándole bromas a todo el mundo. Un poco más atrás venía Ramón, el de Madre quería.

Otra horrible escena conmovió a nuestro personaje. Un niño víctima de un ataque de epilepsia en plena calle, dándose cabezazos en el suelo y contorsionando de forma espectacular todo el cuerpo. Heridas recidivadas de anteriores episodios y otras nuevas, con el rostro ensangrentado y los niños asustados huyendo de miedo. El hombre se acercó a Antoñillo Mederos y trató de evitar que se hiciera más daño. Después algún vecino o familiar, lo llevaba a casa. Un amigo conocido le decía: Antoñillo, ¿te acuerdas en África cuando le diste una jalada a aquel moro?. Y el pobre niño respondía, -¡ños, casito lo mato! Y se olvidaba del episodio sufrido. Otra muestra más de la dureza de aquel tiempo sin medios sanitarios para evitar enfermedades como ésta y las lesiones que producía. El hombre pensó en Antonio Padrón y su obra el “niño enfermo” e hizo una anotación en la pequeña libreta. La mujer del Dulcero conversaba con Fefita la de Enriqueito Cáceres en la esquina de abajo.

Andando nuestro personaje, escuchó un ruido que parecía un helicóptero y miró hacia arriba intentando verlo, pero salió de su error, al ver a Maestro Juan Cubas llegar con la “Norton” a su casa. Las palomas buchúas de Mundo se espantaron en la azotea y salieron volando. Varias mujeres de raza gitana cargaban un fardo con sábanas, colchas y otros productos de mercería y tocaban en las puertas. Excelentes comerciantes y a la voz de – ¡Bueno, bonito y barato!, realizaban transacciones ambulantes por las calles del barrio. Muchos ajuares de novia, se completaron con telas y productos vendidos casa a casa por las gitanas.

La muerte rondaba en La Montaña y muchas mujeres en la flor de su vida, perdieron a sus esposos. En una misma escena y en pocas calles, Angelita Monzón enviudó con tres niños pequeños. Dominguito Suárez murió en atroz accidente dejando a Maruquita Medina en la desolación con tres hijos. La mar dejó viuda a Virginita y a Carmela la de Enrique, mas abajo, Dorita Monzón vio marchitar su belleza al perder a su esposo y soportar la pena y el sufrimiento de aquellos años, trabajando duro para sacar adelante a sus cuatro hijos. A todas mi cariño y respeto. También la muerte de la niña de Lala Tacoronte, conmovió al vecindario, la calle llena de gente y los hermanos de la difunta infanta llevaban su pequeño féretro blanco. Este mismo dolor y sufrimiento -la pérdida de un hijo de corta edad - experimentarían Mercedes Macías y su esposo Mariano años más tarde. Julián Martín, excelente portero de fútbol murió en accidente de tráfico al igual que Antonio el de Salvadorito Bolaños, Virgilio ahogado en

Roque Prieto, Antonio Galván, que apareció muerto en el Pico en la Cueva de la Manivela, y Maestro Roque y su mujer, que tuvieron un desgraciado accidente en Tenerife, completaban la trágica escena que llenó de dolor y tristeza a las familias del barrio.

El hombre anotó algo y salió ligerito de aquellas calles. Saludó al Cabo Valentín y, en la esquina, Loli Angeles la de Elvirita leía un texto para una obra de teatro. López, el Carlota, Ñito y Minguín, jugaban a las cartas frente a ellos. Antonio Molina discutía con su cuñado Miguelo, mientras Antoñita atendía la tienda. En el bar de Boro se echó un botellín y una tapa de sardinas con mojo. Un niño pidió dos polos y lo que sobra de chochos con sal en un cucurucho. Otros jóvenes jugaban a la baraja y por la radio se oía el fútbol. Creyó ver un sombrero por la ventana, se asomó a la puerta y vio trasponer al enigmático hombre de gris que parecía acompañarle. Pagó y se fue camino de Rojas. Adelaidita ya regresaba a su casa después de vender la leche y los manojos de rábanos y coles que llevaba en un cereto.

En la cantina de Juan Macías, encontró a Francisco tocando el clarinete y a su hermano Juan cogiendo las clases de Contabilidad con un pequeño transistor. Unos chiquillos jugaban al fútbolín. Apuntó en la libreta, el hecho de capital interés: la lucha por la superación, el sacrificio y la constancia para cambiar las condiciones de vida a través del estudio y el esfuerzo personal de aquellos jóvenes. Debajo de sus pies, en las entrañas de la tierra, en la cueva, Juanito Macías y otros hombres hablaban de política clandestinamente, con el susto inmenso de Mariquita y sus hijos.

Sintió un griterío en la calle y en la esquina otro trágico acontecimiento que trastocaba la tranquilidad del barrio. Juan Suárez (el listero de M. Leackood) había sido denunciado por el somatén. La casa alborotada y muebles virados al revés y en una de las habitaciones, las mujeres de la casa entre llantos y gritos, vilmente amenazadas por los fusiles de los guardias. Nuestro visitante, no salía de su asombro ante la dramática escena y repudió a aquellos elementos del pueblo que formaban parte de aquel grupo paramilitar, que se encargaba del espionaje político que la dictadura tenía para anular el intento de resistencia en el interior del país. A consecuencia de las torturas recibidas, Juan Suárez no tendría tranquilidad hasta el fin de su vida. Nuestro personaje, nunca entendería que por dios y por la patria se pueda torturar a un semejante.

Anotó el hecho en su libreta y salió para Rojas, y saludó a Roquito Suárez que esperaba cerca del cuarto del agua par cambiar las tornas y más abajo, a Pancho Fátima con un hilo tomando unas medidas. Buenas, le dijo. ¿Qué está midiendo amigo?. Este le contestó, -por aquí vamos a hacer una plaza, un colegio y una ermita a la virgen. Siguió el camino y abajo Ciprianito albardando la burra para cargar las cestas del pan. Entró por la calle de las Capitanas y compró un par de manzanas en la tienda. Saludó a Leocadio y a su mujer, y a Manolito Corujo, cuando de pronto, una jurria de chiquillos casi lo tiran por el terraplén. Un vecino les gritó: -¡Gamberros, sinvergüenzas, no respetan a nadie! ¡Son los Lucas!, Le gritó una anciana – que persiguen a un chiquillo de Becerril-, entre ellos iban Rufino, su hermano Chago y los Temporales más chicos. Los Conrado estaban tocando guitarras y laúdes y una hermana cantaba isas y folías. Un chiquillo se riscó y cayó sobre una tunera india, los otros tres que lo acompañaban se asustaron, el hombre del traje canelo les echó una mano y entre los cuatro le quitaron la

ropa. Tenía el culo y la espalda llena de púas como tachas. Distinguió entre ellos, a Paco el de Maruquita, Bernardo Macías, quien les habla y al pobre Faustinito Jorge que fue el que se riscó. A lo lejos, un hombre con un palo sobre el cuello y las manos por arriba, pregonaba: - ¡Baifos, sacos, gallinas y pollos!. En un extremo del palo, varias zaleas de cabra, que alguien compraría después para usarlas como alfombras en las alcobas.



La Montaña desde el barrio de Rojas hacia 1950
(F. Gáldar a través de la fotografía)

Por la calle de abajo, vio a un joven en una tienda con su madre que leía unos libros. De nuevo el esfuerzo por superarse y los éxitos futuros como premio. Era el hijo de Faustino González, Pepe Angel preparando por libre – máxima dificultad- los exámenes de Magisterio. El hombre cogió la libreta para apuntar. Se quedó observando la costura de Carmelita Guzmán y toda la colección de piezas de artesanía que habían colgadas de las paredes.

Se tropezó con Lucía la Partera que iba a la casa de su hermano Pepe porque su mujer iba a dar a luz una niña y Pepe estaba en la Ciel descargando cajas de tomates del Cardonal. Antonio Ramos se quedó arreglando el camión amarillo. Bajó a la calle Delgado y se encontró más mujeres lavando en la acequia, frente a la tienda de Antoñito el de la Casa Alta. Bartolito tenía el molino funcionando y el olor a gofio era tremendo, se alongó a la tienda de Elías y saludó a todos. Manolo Martín estaba en la esquina hablando del caso de Juanito Suárez con otros hombres. Saludaron a Borito el guardia que iba a su casa. Manolito González se entretenía engrasando la Sirasa en el solar de su casa. Frente a la Casa Alta, Chanillo el Cangrejo, con su voz ronca se peleaba con unos pollillos. Aún tenía las señas en la cara del último talegazo que se dio el otro día. Unos niños compraron unos polos de hielo en la tienda de Antoñito el de la Casa Alta. En la carpintería de Maestro Paco, su hijo Fran ensayaba unas canciones para la orquesta. Su hermano Juan Antonio estaba con Chanillo Tacoronte entrenando en la calle, con Estebita Álamo y su primo Luis, Bernabé Bolaños, Chanito el Rubio, Manolillo Corujo, Ignacio el Pirola, Isidro Millero, Monzo el Canano, Felucho, Ramoncillo el Lucas y otros muchos, ya de tardecita. El Rojas C.F. entrenaba más tarde a las órdenes de Manolito González: Peña de Portero, Tonillo, Toillo, Cisco y Mundo, Tonono el del Dulcero, Nono Suárez, Juan el de Pancho Fátima, Manolo el Temporal, etc., etc., componían aquel equipo que, más tarde, dio lugar al Galdense de los tiempos modernos.

Observó con detenimiento en la barbería de Rojas, animadas tertulias, al igual que en la de Bartolo en La Montaña. Junto con las zapaterías, eran verdaderas universidades populares. Se practicaba la lectura con los periódicos y diarios deportivos.

Un periódico que se leía con verdadera pasión era El Caso, narrando crímenes y asesinatos de aquellos negros tiempos. También se transmitían conocimientos de toda índole en zapaterías y barberías: de pesca y caza, de luchas, de mujeres, de trabajo, de música y era lugar de visita obligada para estar a la última en acontecimientos de interés para los vecinos. Bartolo le daba en la cabeza a los chiquillos con las orejas de la tijera para que se estuvieran quietos, mientras los pelaba al uno. Antonio el Palomo, financiaba la creación de conjuntos musicales: Zotos y Boys Zotos, con Ramón Mederos, Colacho Montesdeoca, Ñito el Calandro, Pedro el Taliz y Monolillo Corujo como integrantes.

Por la calle Delgado venía una procesión de antorchas que iluminaban la calle. Nuestro hombre se arrimó a la pared y esperó a que pasaran. Anotó en la libreta una cosa y estaba asombrado del fervor de la gente ante la imagen chiquitita de la Virgen de Fátima portada a hombros por la calle recién barrida por las mujeres del barrio y adornadas con las mejores macetas de las casas en la calle.

Sintió voladores y se acercó a la calle de la Sociedad. Nuestro personaje se dio un salto y pasó por delante de la herrería de Rojas donde estaban los hermanos García Déniz enfrascados con la fragua y el yunque arreglando picos, escodas, picaretas, barras para las pedreras y cuchillos y hoces, para la gente de la agricultura. Rostros ennegrecidos por el tizne de las fraguas a todo ritmo y los martillazos sobre el yunque resonaban en las calles. Pasó por delante del taller de Esteban González el Latonero que se encargaba de la puesta a punto de los cacharros del agua, reparar las cocinillas de fuelle y las bañaderas del pescado, entre otras muchas tareas. Juan Manuel El Rubio arreglaba la instalación del camión de Pepe González en su taller. Manolito el Tirajanero, pasó por allí con la maleta cargada de perros y llaves de agua, puntas para destupir cocinillas y algún cacho de cuero para hacer unas empaquetaduras o arandelas. Seguramente iba a alguna casa a reparar el desagüe de la cocina. Su figura estilizada y delgada, pero sus brazos eran puro nervio y potencia para llevar la pesada maleta.

El barrio estaba en Fiestas y en la calle había mucha gente, esperando ver pasar a la Madrina –incluso en los actos festivos, era evidente la mano negra de la dictadura; no se elegía reina en las fiestas de los pueblos y barrios, sino a la madrina. La calle llena de banderitas de colores y una tómbola. Una rondalla de tocadores y bailadores hacían un coro en el centro. Juanito Macías hacía sonar la caracola grande y también cantaba. Los Conrado vinieron de Rojas y los Navarro del Rolizo. Maruchi y su marido Hernán, y la hermana de los Conrado. Lorenza se pegaba unas folías y malagueñas que daba miedo, también apareció Nicolás Montesdeoca. Aquello fue una fiesta del coño parriba. Silvestre el guardia, daba mandarrazos a los chiquillos con la vara en las corvas y canillas para que no se bajaran de la acera. Carrera de sacos y de cintas y la piñata para romper la talla. David Pérez y Antonio Ferroles preparaban el palenque para las peleas de gallos del día principal. Las orquesta del barrio, Guayres y Gran Canaria, amenizarían una verbena hasta las tantas.

Nuestro personaje, habló con Miguel el de Virgilio y le preguntó: ¿cuál es el mejor equipo del mundo? Y éste respondió: -¡El Madrid!. Pepillo el Capitán que los oyó, salió disparado y respondió: ¿Que dices tú, muchacho? ¡ El Barcelona es el mejor!. Antonia Peña, que llegaba, puso la bañadera en el suelo y salió como una escopeta: ¡El

Galdense!. Ese es el mejor del mundo. Y le gritó al árbitro: - cabrón, no ves que fue penalti?. Antonio el Negro venía con ella y se acercó al hombre y al oído le dijo: Algún día una hija mía será concejal en el Ayuntamiento. Como el fútbol se vivía intensamente en el barrio, siempre había discusiones y en una de ellas apareció Pancho María, que estaba en la Sociedad Nueva echando un subastao con el Guajiro, Gabriel Quintana y Juanero, diciendo con su gracia de siempre: - ¡de eso nada, monada!. - El mejor futbolista que ha habido en Gáldar en todos los tiempos es mi cuñado Pancho González, que jugó en equipos de la península. Era verdad y no se le podía quitar la razón al que la tenía. Pero también es cierto que han habido grandes jugadores, la mayoría de ellos aprendieron a jugar en las pedreras y en las calles de tierra de La Montaña, pero Pancho González poseía en sus botas y en su forma de jugar, la categoría y la calidad técnica que siempre ha tenido el jugador canario. En la esquina, Antoñita la de la esquina, mirando a ver si el Rubio venía y en la Sociedad Nueva, se oían las carcajadas de Pepito Suárez el carpintero. Pepito Quesada y su mujer, estaban entretenidos preparando las tapas para la cantina y Josenito Mireles le echaba un pleito a unos chiquillos, mientras recogía las fichas de parchís sobre la mesa. Yiyo Delgado cargaba en el camión del Guajiro muebles de su casa porque se mudaba con la familia para la Oficina.

Nuestro personaje le dijo a Isidorito Guedes que si lo llevaba un momento con el taxi a las Cuevas Herrera y éste le dijo: - ¿Por la cuesta y con los baches? Por esas riscaeras yo no meto el coche. Le insistió, pero nada. Tuvo que ir por la empinada cuesta hasta los depósitos. Se encontró con Piní repartiendo leche y Antonio el de Bernardino que estaba envenenado por no sé que cosa y saludó a Josenito Tacoronte. Se chocó de nuevo con Lucía la Partera que iba a una de las casas de allí cerca. Los chiquillos chicos jugando a la pelota y los más grandes bañándose en el albercón. Benito Quesada nadaba por debajo del agua de banda a banda y era de los más atrevidos y se tiraba desde la punta arriba. Tenía unos pulmones del demonio.

En un recoveco de la ladera presencié una preciosa luchada entre dos equipillos. Había un desafío entre los dos mejores y más espectaculares luchadores del barrio. Aquellos que atesoraban mejor la habilidad, la técnica y la belleza plástica de la lucha canaria, para elevarla a la categoría de arte. Por un lado, Faustino Gutiérrez (M. Leackood) y Pepillo el Carpintero por el otro. Se vieron luchas vibrantes: burras, pardeleras, agachadillas, desvíos, traspiés, levantadas, caderas... También estuvieron en la lucha Juan Bolaños, Pepe González, Domingo Tacoronte, Chanito Bolaños el Rubio, Rubén el de Jacinto, Nono Martel, Juanillo Gutiérrez, David Pérez, Chano el Prima, Norberto Marrero, Paché, Juan A. Tacoronte, Félix y Luis Mederos, y Aladino entre otros. Pancho Suárez hizo de árbitro y levantó la mano a los dos luchadores. El desafío terminó once a once y separada final, porque los extraordinarios atletas no pudieron tumbarse después de varias horas de brega. Fue espectacular. Arriba en el cielo, El Pollo de Rojas, Tano y Melo Marrero, y Juani, tiraron voladores de alegría. Juanito Macías volvió a hacer sonar la caracola y el Taliz y Juanito Suarez tocaron música en honor de los luchadores. En La Montaña se vivió aquel día el triunfo de la Lucha Canaria. Mariano Sosa repartía un molde de helado a una niña y vació la garrafa. Su hermano Manuel ya había vendido todo hacía rato. Mariano Sosa se acercó al hombre y le dijo bajito: un hijo de mi hermano Pedro, será concejal del Ayuntamiento algún día.

Después de echar un vistazo en las Cuevas Herrera saludando a todos, volvió atrás y ya estaban las casas baratas. Unos chichillos se peleaban entre ellos, una mujer le dijo: - son los del Vietnam del Norte contra el Vietnam del Sur. Los vecinos estaban terminando la iglesia y Maestro Roque y otros vecinos encalaban el frontis y Coquita les llevó un calderillo de ropa vieja y una botella para que se echaran un pisco al terminar. En la trasera se oyeron murmullos y acalorada discusión. Se acercó y pudo ver a Manolo Román, Antonio Reyes, Juanito Macías, Pepe Ángel González, Antoñillo Quesada, Enrique Cáceres, Carmelo el de Juan Suárez, Pepe Juan Mujica y Loli, y muchos otros, reunidos con Oscar Bregasa, Antonio González Viétez y Carlos Suárez el Látigo Negro. Preparaban una manifestación contra el Ayuntamiento. Estaban descontentos con las obras que se querían hacer en el barrio, llenándolas de escaleras y con infinidad de casas enterradas. Y encima, con importantes contribuciones especiales que minaban aún más, la escasez de recursos económicos de la gente del barrio. Fue un ejemplo de resistencia popular ante la injusticia y las arbitrariedades de las instituciones públicas. Nunca el drago del Ayuntamiento tembló tanto, como cuando Antonio Reyes y la gente de La Montaña entraban en el consistorio. Los funcionarios temblaban de los piropos -que no debo reproducir-, que les decían aquellos bravos luchadores de La Montaña. Gracias a esa lucha y a la resistencia contra la soberbia e intolerancia municipal, hoy el barrio es más o menos transitable. Al final de la dictadura, las luchas vecinales anunciaban tiempos mejores, pero aún se corrían riesgos políticos muy peligrosos para los manifestantes. De haber estado Tejero Molina todavía en Canarias, seguramente se hablaría hoy de: tiroteos y masacre contra los vecinos de La Montaña de Gáldar.



Nuestro personaje, apuntó algo en la libretilla, y se encontró con Angel Ruiz y su esposa Juanita Molina, junto a Pascual ensayando una obra de teatro con una jurria de jóvenes del barrio. Juan Lorenzo hacía del demonio para el Auto de los Reyes Magos.

Paquita la Peninsular, su hija Nati y muchachas del barrio con inquietudes levantaron el ánimo a otras muchas, participando en las fiestas y ayudando en la limpieza de la iglesia.

El hombre del traje canelo, decidió seguir a la procesión y por las calles barriditas, comprobó de nuevo el fervor del barrio por la pequeña imagen de la Virgen de Fátima. Otra vez, macetas en las calles, hombres tirando voladores al paso de la imagen, en las esquinas altares con velas y cuadros de santos. Cada altar una parada. La gente tirando pétalos de flores al paso de la pequeña imagen. Juanillo el Rubio tirando las tracas en el albercón de los Sánchez, un gentío enorme detrás de las autoridades hasta que la virgen volvía a la iglesia de Gáldar. Siempre la gente ansió que la virgen tuviera su propia iglesia y se volcó en recolectas y trabajo comunitario para que así fuera. No entendía el visitante, cómo el Obispado se empeñó en incumplir de forma flagrante uno de los diez mandamientos: aquel que dice – No robarás. Para quitarle a los vecinos la propiedad que con esfuerzos y enormes sacrificios entre todos levantaron.

El personaje del cuento, aquel hombre con el traje canelo y el sombrero del mismo color, que tenía una banda negra porque tenía luto, emprendió el viaje de regreso. Al pasar por el callejón de Carmelita la del Mantecado, un chiquillo que corría hacia el barrio se dio un talegazo en el suelo. El hombre se agachó a auxiliarlo. –No es nada mi niño. Ten cuidado y no corras. Le preguntó- ¿porqué estás triste?, Éste le respondió: - porque en mi barrio no hay escuela y la gente del pueblo no nos quiere. No te preocupes, ya habrá escuela, pero di, ¿qué has visto que no te gustó?. – En la casa del cura repartían el queso plato y sólo se lo daban a los hijos de los ricos y a los pobres de La Montaña nada. Y en la procesión de Santiago, por la Calle Larga había una fila de personas mutiladas y con las caras deformes, sin brazos algunas y sin piernas otras, sentadas en el suelo y con un pañuelo blanco para que la gente les diera dinero. El hombre comprendió que lo que le pasaba al chiquillo era el trato denigrante y la impiedad con que el régimen militar de Franco trataba a los desvalidos, a los lisiados y desprotegidos y a todos los marginados de la sociedad, condenándolos a vivir de la mendicidad. Aquel chiquillo comprende hoy que el grado de protección social que tenemos, se debe a la lucha por la libertad de millones de trabajadores y obreros y personas de buena voluntad, como los que ha habido en el barrio, más que a la acción de funcionarios públicos, empresarios explotadores sin escrúpulos, militares, curas, obispos o banqueros.

El personaje se marchó por el Drago y se limpió la tierra de los zapatos y los pantalones. Por el camino se tropezó con un grupo de la OJE, organización juvenil estructurada en falanges, flechas y balillas, con el que el régimen intentaba captar jóvenes adeptos. Muchos jóvenes del barrio lucían flamantes uniformes y una boina y botas altas que el resto, que no pertenecía a la organización, no podía disfrutar. Allí muchos jóvenes aprendieron deportes e iban a los campamentos. Vio a Jorge, Expedito

y Carmelo Mendoza, Pepe Juan Mujica, Antonio González, Nicolás Tacoronte, Fermín Delgado, Honorio el de Rojas, Chano el Zurdo y José Antonio Quesada, entre otros.

El hombre después de arreglarse un poco el terno canelo, dio unos toques al sombrero para sacudirle el polvo. Llegando a la esquina de Juan Daniel lo vieron taráandose manos a los bolsillos como buscando algo. Al día siguiente, a la prima, cogió el coche de hora y nunca más se le volvió a ver por el territorio cábila”.

Hasta aquí la narración.

Quisiera referirme brevemente a varios aspectos de mi aportación en grupos y colectivos. Los que me conocen saben que soy poco vanidoso, pero tampoco haría justicia a mi trayectoria personal si no lo comento. Puedo decir con orgullo, que gracias al trabajo de un hijo de La Montaña, se pudo urbanizar el barrio Negrín en Sardina. Logrando la colaboración entre vecinos y Ayuntamiento, para construir grandes muros de contención. El Ayto puso la piedra y los vecinos el trabajo. Concluido el proceso de urbanización, tuve la osadía de plantear al Claustro de profesores de la escuela, la necesidad de educar a los niños para conocer las normas elementales de tráfico y a respetar las señales. Me acusaron de “intrusismo”. A aquella manada de maestros, les digo hoy, con rabia pero sin rencor, que la petición que yo hacía en aquel entonces era de tanto sentido común, que hoy forma parte del ordenamiento jurídico que regula la Educación Obligatoria en el estado español.

También fui el primero en plantear que el Ayto no podía garantizar el abastecimiento de agua a la población, porque gran parte del presupuesto iba directamente a manos de los especuladores del agua, a los aguatenientes. Y que debía ser el Estado, el que financiara la construcción de potabilizadoras con control público para resolver ese problema. Fui acusado de loco y comunista por el entonces Concejal Delegado de Abastos. Más de diez años después, cuando la potabilizadora fue una realidad, le dije a Urbano Jorge: - ¿quién dijo que yo estaba loco?. Su respuesta fue: - Jesús, tus ideas eran muy avanzadas para ese entonces. Por eso digo que cuando alguien confunde el comunismo con el sentido común, los proyectos tardan mucho en conseguirse.

Haber promovido actuaciones como aquellas, me llenan de orgullo y satisfacción en lo personal.

Quisiera dirigirme a las autoridades que gobiernan nuestro municipio. Sé que el lenguaje que los políticos prefieren es el del halago y la adulación. No quiero caer en ese error y me dispongo a hacerlo con la autoridad moral que me confiere el ser un ciudadano galdense normal, de a pié, para decirles lo siguiente:

El ejercicio de la política es una de las actividades más nobles y enriquecedoras a las que se puede dedicar un ser humano, siempre que su actitud esté presidida por los más rectos sentimientos de la ética y la moral puesta al servicio a los ciudadanos.

Cuando un ciudadano deposita un voto en una urna, deposita también una ilusión y una esperanza. Traicionar esa esperanza, esa ilusión y ese voto, tiene como premio, el castigo en las próximas elecciones.

Les aconsejo, como ciudadano y con el máximo respeto, lo siguiente: procuren que las paredes del Ayuntamiento, no sean los árboles que les impidan ver el bosque que es el conjunto del municipio.

Que el Ayuntamiento no se convierta en una cofradía donde sólo se defiendan los intereses de los especuladores, sino en la casa que, presidida por el espíritu de las leyes, aspire a conseguir el mayor bienestar social, cultural y económico para la mayoría de los ciudadanos galdenses. Que no sea un instrumento en manos de los poderosos, sino el brazo que sostenga a los más humildes, necesitados y desprotegidos de nuestro pueblo.

Que los periodos electorales no se conviertan en concursos de magia, porque lo que se planifica para hacer daño o enriquecerse de forma fraudulenta, acaba convirtiéndose en delito y en una inmoralidad.

A los empresarios y emprendedores de todo tipo, útiles y necesarios para que avancemos en prosperidad, que no sólo miren la cuenta de resultados, sino la trascendencia social de sus proyectos. Que satisfagan sus legítimos intereses y necesidades actuales, pero sin comprometer ni hipotecar los intereses presentes del resto de los ciudadanos y que contribuyan con sus proyectos a lograr una ciudad de mejor calidad para el futuro.

A los ciudadanos en general y a los de La Montaña en particular, les diré que, si el hombre fuera rebelde y peleador, no serían necesarios los Servicios Sociales, porque viviríamos bajo el imperio de la justicia.

¿Recuerdan al personaje de nuestro cuento, y que se tiraba manos a la ropa como buscando algo?. Lo que buscaba me lo encontré yo, cuando me ayudó a levantarme. ¡Esta libretilla que tengo en mis manos!

De ella entresaco algunas notas que apuntó el personaje, para Uds. Y que les haré llegar a través de la Asociación de Vecinos. Les apunto algunas de ellas.

Que no se olviden de mi barrio en los presupuestos, en las obras de infraestructuras, en las políticas culturales y sociales y en la contratación de personal sin distinciones de afiliación política, para ayudar a combatir las dificultades por las que atraviesan la gente de La Montaña.

Insistir en las peticiones que otros pregoneros ya formularon con anterioridad, para que las recuerden.

Construcción de Guarderías Infantiles públicas, para las familias más necesitadas de La Montaña.

Que llegue a buen fin el problema de la imagen de la virgen.

Abrir la Biblioteca del Colegio por la tarde hasta que se construya una nueva de carácter público.

Promoción de actividades culturales en el barrio y afrontar con decisión el trapicheo de droga.

Que de una vez por todas, la Concejalía de Educación, le ponga el nombre de Placidito el Maestro a la Escuela de Adultos de La Montaña.

Que los jóvenes, aprovechen las infraestructuras que nosotros no tuvimos. Que se esfuercen en el estudio y cultiven la formación cultural, intelectual y profesional.

Mejorar los jardines y el entorno urbano aumentando el número de contenedores y reforzando el servicio de limpieza.

Mejorar la accesibilidad de los coches y modificar la salida del barrio, para que no haya que bajar a la oficina para ir a Los Llanos, El Agujero o Caleta. Que se abra un nuevo acceso y que sea de bajada la calle del Agua para facilitarlo.

Que acojamos niños saharauis en verano, en solidaridad por la deuda que el barrio tiene con el Sáhara.

Y, sobre todo, prestar atención a las personas mayores del barrio que, si con la edad ya se les hace cuesta arriba caminar en llano, imagínense Uds. cuando tienen que subir desde el pueblo. Por eso, este pregonero reclama con urgencia, la puesta en marcha de una línea de guaguas pequeñas que suba hasta La Montaña y recorra los núcleos más importantes. Y que se complemente con marquesinas de cantería de Gáldar en lugares estratégicos, que permitan esperar la guagua con un mínimo de comodidad y hacer frente a las inclemencias del tiempo. Que la frecuencia esté relacionada con los servicios sanitarios y las consultas médicas del Centro de Salud y de Atención Especializada. No todos los vecinos tienen coche ni medios económicos para coger un taxi cuando se les ofrece.

Dicho queda.

Ya sólo me queda pregonar a los cuatro vientos, a la isla, a la comarca y al pueblo de Gáldar que La Montaña está en Fiestas. Que los devotos acudan a ver a la virgen chiquitita, que se tiren voladores en los albercones, para que retumben con fuerza y todo el pueblo galdense sepa que son las fiestas de la Virgen de Fátima. Que los vecinos que están fuera vengan al encuentro de sus raíces. Que los jóvenes tengan cuidado con las motos y que se diviertan de forma saludable y alegre. Que el barrio recobre la ilusión y disfruten con las fiestas. Y, sobre todo, que luche por su dignidad.

A todos los presentes, amigos y vecinos, buenas noches y muchas gracias.

Jesús Guerra Montes de Oca

*Info**N**orte Digital.com*
Información del Norte de Gran Canaria